

Orientaciones

EJEMPLARIDAD DE UN SABIO MEDICO

La conversión del médico y sabio japonés, Profesor Pablo Takashi Nagai tuvo lugar hará unos diez años.

El 14 de mayo de 1951, a las doce del día, la ciudad de Nagasaki permaneció inmóvil durante un minuto. La ciudad y la nación entera vivieron de nuevo, durante esos sesenta segundos, la tragedia espantosa del 9 de agosto de 1945, que tronchó millares de víctimas y pulverizó innumerables hogares contaminando la atmósfera pura de las colinas y del mar.

Este minuto de absoluta inmovilidad era una invitación a todos los japoneses para que honrasen la memoria de Pablo Nagai, Rector de la Facultad de Radiología de la Universidad de Nagasaki, cuyas solemnes exequias celebraba en ese instante la ciudad, honrando así en uno de ellos los muertos todos del apocalipsis atómico.

Pablo Nagai había exhalado el último suspiro el 1º de mayo, mientras estrechaba entre sus dedos agarrotados un pobre crucifijo de madera. Vencido en su carne, pero con una inquebrantable fortaleza de ánimo, había finalizado su vida terrena habiéndose ofrecido durante seis años en su martirizado cuerpo, como un caballo a los experimentos científicos.

Fallecía un testigo, —escribe Agustín M. Ranayama, Encargado de Negocios ante la Santa Sede— el sabio, el creyente que había visto morir ante sus ojos, entre padecimientos inauditos, a millares de seres humanos, y que al recoger los restos calcinados de su esposa había exclamado: “¿Por qué no he muerto yo? ¿Por qué a ella la destinó la Providencia y a mí me ha salvado?”

Quizás nos sea lícito afirmar hoy que Pablo Nagai fue salvado para que su sufrimiento llegase a ser el testimonio supremo de la grandeza divina, en la victoria del espíritu sobre la carne, del

amor sobre el odio; para que su prolongado martirio fuese para el mundo un ejemplo y una advertencia.

Milagro fue el que no muriese a las pocas horas de las heridas recibidas durante el bombardeo, y que estuviese en condiciones de cuidar a los demás durante semanas y meses, indiferente al agotamiento y los padecimientos, y que, desde el día en que el mal atómico lo clavó para siempre al lecho del dolor, sobreviviese aún seis años conservando pese a la disolución de su cuerpo la plena lucidez de sus facultades y el alma fresca y límpida como la de un niño.

En su barracón de Uenomachi, centro de la zona devastada por la explosión, pudo estudiar en sí mismo durante esos años los efectos de las emanaciones radioactivas. Allí recibió —escribe Ranayama— cientos de visitantes de todas condiciones y de todas las confesiones religiosas; y aquellos que habían ido a consolarlo, tornábanse luego consolados ellos. Meditó y oró en la soledad; escribió los ocho volúmenes de sus obras en las que clama a su pueblo que la Patria no lo es todo; que primero se es hombre y después ciudadano; donde hace profesión de su fe en Dios e invoca la concordia y la paz para la tierra martirizada.

“Heiwao”. Invocamos la paz.

LIBRO DE FE Y DE CARIDAD.

Pablo Nagai escribió una obra titulada “Al dejar estos niños”. Es una acusación contra el mal que amenaza provocar la destrucción total.

Tan sólo un hombre que palpó la vanidad de los bienes terrenos y bajó hasta el abismo del dolor más profundo sin desesperarse, podía escribir semejante acusación y diagnosticar el terror atómico.

El autor escribe el libro para sus dos hijos: Makoto y Kayano, a fin de que puedan encontrar en sus palabras un sobrevivir inefable.

Son páginas cuya sencillez de expresión traducen un violento drama del corazón que, restañado en la superficie, sangra aún allá en lo más hondo, mientras a la vez surge de ellas el ofrecimiento consciente de su sacrificio.

La oración del autor es un agradecimiento para cada nuevo día que vive y la oblación total a Dios. Deseo suyo es que sus hijos repitan cada día esa oración. Y añade: “Sirva esta oración de inspira-

ción a vuestra vida para que la llenen el amor de Dios y al prójimo”.

Dios nos creó para amar. “Vosotros, Makoto y Kayano, sois personas nacidas para amar a Dios. Hechas a su imagen y semejanza. El espera algo de vosotros. Os manda: Sed perfectos como yo lo soy. Es el motivo por el cual derrama El sin cesar su Gracia. Tanto os ama ese Dios que gobierna el universo. Hijos míos queridos ante todo caed en la cuenta de esta verdad. Ella es la fuente de la energía que hace recorrer la senda de la vida”. Y más abajo: “No os sintáis solos. Caminad sin temor. Vivid para el alma, que es creada por Dios”.

Su ternura conserva el sentimiento doloroso de una dicha edificada poco a poco y ya para siempre irremediadamente perdida aquí abajo. “Ya no está aquí vuestra madre desde el día de la explosión atómica pero con el dinero ahorrado por ella mientras trabajaba (cuántas fatigas implica este “trabajaba”) podemos vivir hoy los tres (y qué gratitud rebosa en esta frase):

No hay vida menos cargada de preocupaciones que la del pobre. Pues aunque mucho necesita, nada tiene que perder.

La miseria, o sea la aceptación de la ruina total, lleva a la riqueza de un desprendimiento de todos los bienes que está a la puerta misma del cielo.

Es preciso que el recipiente vacío caiga hasta lo más profundo del pozo para subir de nuevo rebosante.

“Querido Kayano, cómo no amar la pintura si piensas que ha de servir para la gloria de Dios?”

“Querido Makoto, si te gusta el ticket de transporte, no hay motivo para dejarlo olvidado sobre una silla como lo has hecho hasta ahora. El ticket te permite a tí, amado de Dios, el ir y venir a la escuela sin cansarte. ¿No es él acaso una manifestación del amor de Dios? Si piensas hondamente en ello, es imposible que lo sigas olvidando”.

CONTRA LA GUERRA SOLO HAY EL AMOR

El recuerdo de “mamá” presente de continuo, tiene acentos desgarradores.

Cierta día, al evocar la destrucción del 9 de agosto de 1945, el Padre Misionero (un jesuita) “sacó de su bolsillo un objeto calcinado que me colocó en la mano. Era la “cadena”. Quemadas las perlas, no quedaba sino la cadena del rosario. Al mirarla con atención, noté

que una medalla permanecía aún sujeta. Por esto lo reconocí —nos dice Pablo Nagai— era el rosario que vuestra madre tenía siempre entre sus dedos”.

“Aquel día, hijos míos, querido Makoto, querido Kayano, os cansabais esperando a vuestra madre. . . ¿Qué fue lo que arrancó la vida a vuestra madre? ¿lo que anhelabáis besar? La bomba atómica. . . No: eso no era más que un bloque de átomos. No es cierto que haya venido el átomo hasta Uragami para matar a vuestra madre. Lo que mató a vuestra madre, a vuestra tan buena madre, fue la guerra”.

“Nuestro pueblo Japonés ha tomado en su Constitución la determinación de no hacer la guerra”. Así se expresa en el párrafo segundo. “Habiendo esta cláusula, la guerra no puede hacerse. Sin embargo, hijos míos, dada la situación internacional, no puede afirmarse que no haya entre los japoneses, quienes insistan para obtener una reforma de la Constitución, borrando los artículos acerca de la abolición de la guerra. Y es probable que tales instancias, sostenidas por algún motivo plausible, arrastren la opinión pública al rearme del Japón. En ese entonces. . . tú Makoto, tú Kayano, aun si esto os había de costar la vida, tenéis la obligación de clamar con todas vuestras energías “oposición a la guerra!”. Los que son amados, NO se exterminan. Con el amor, las manos se estrechan; con la paz, nace un mundo maravilloso. Mis queridos hijos amad aun a vuestros enemigos. A través del amor, amad de modo que nadie os pueda odiar. Si se ama, se es amado. Si se es amado, no será uno exterminado. No hay enemigos, en el mundo del amor. Y si no hay enemigos, no hay guerras”.

Tal es en cierto sentido, el testamento espiritual de Pablo Nagai; testamento de amor, conforme al divino mandamiento.

No en vano llamaba a su barracón “niokodo”: nido de amor, nido de paz.

La entonación suave y descuidada de su prosa, que expresa sentimientos elementales —los únicos invulnerables al sondear el corazón humano— confiere al libro un insistente recuerdo evangélico: “Yo os dejo la paz, la paz, mi paz”.

Pablo Takashi Nagai, en el instante del llamamiento supremo, habrá contestado sin lugar a dudas: Ecce, Domine me, ecce, venio.

G. SPELLANZON
(Trad. A. A.)